

¿QUÉ ES Y PARA QUÉ LA FILOSOFÍA?

JOSÉ GABRIEL COLEY*

RESUMEN

Las filosofías están vivas porque pueden ser escritas de nuevo indefinidamente. La filosofía y sus problemas, que siempre han sido los mismos, fueron escritos en esencia por Platón, hace 25 siglos. Toda la historia de la filosofía posterior no es más que acotaciones a pie de página a la obra de Platón, nos dice Whitehead.

Palabras clave

Filosofía, Filósofos, Utilidad, Historia.

ABSTRACT

The philosophies are alive because they can be written again indefinitely. The philosophy and its problems, that have always been the same, were written by Plato, twenty-five centuries ago. All history before philosophy is merely footnotes of the work of Plato, according to Whitehead.

Key words

Philosophy, Philosopher, Utility, History.

* Magíster en Educación y Filosofía Latinoamericana. Docente Universidad del Atlántico.

I. Filosofía y Universidad

Se ha mencionado cómo para Sócrates la filosofía no era solo cuestión de buena voluntad. Ella exige el dominio de “ciertas técnicas” y el desarrollo de ciertas habilidades mentales. Citemos tan solo el dominio de los procesos implicados por el razonamiento: inducción, deducción, análisis y síntesis; o los relacionados con la comprensión: clasificación, sistematización, simbolización y verbalización; o finalmente, los que presuponen la solución de problemas: transferencia y relación.

En este sentido Kant diría posteriormente que “no se aprende filosofía sino a filosofar”.

Se deben mencionar de manera especial los procesos correspondientes a la información. Desde el punto de vista de la filosofía estos procesos son indispensables para el contacto con los textos clásicos, contacto que posibilita de una manera viva y directa la experiencia del filosofar.

La lectura e inteligencia de los textos clásicos es el verdadero método de formación en filosofía. Ciertamente que en filosofía no se puede hacer algo así como un “estado actual de la filosofía”, de la misma manera que se hace en relación con una ciencia, dado que la filosofía por su misma naturaleza no puede presentar un conjunto de adquisiciones prácticamente definitivas, aunque perfectibles, sino un repertorio de **problemas abiertos**,

una tarea infinita en que se han empeñado a través de la historia todos sus pensadores.

Pero sin duda que la experiencia de la filosofía solo es posible reviviendo en la lectura de los textos clásicos el esfuerzo de los grandes filósofos para responder a dichos problemas.

Solo así el estudiante aprende a situarse frente a los problemas concretos que definen su presente, pues la enseñanza de la filosofía no es la simple transmisión de una serie de contenidos sino la puesta en marcha de la propia capacidad de pensar. Entre la filosofía y su enseñanza se da una relación de esencia, pues la misma filosofía nació como magisterio. Esta identidad es lo que ha motivado el justo aprecio que se tiene de la educación filosófica como el instrumento más óptimo para desarrollar los procesos mentales y para que no sean pocos los pensadores que consideren a la misma filosofía como una teoría general de la educación.

Por todo lo anterior implica una formación y una educación. Así lo comprendieron Platón y Aristóteles al fundar el primero “La Academia” y el segundo “El Liceo”, en la época de la plenitud griega.

Eso lo asimilamos y entendimos nosotros cuando concebimos la idea de fundar un Programa de Filosofía en la Universidad del Atlántico que diseñamos en 1988 y que fue avalada por el rector de entonces.

No obstante al principio de 1989, circunstancias de orden deontológico, que no epistemológico, determinaron cambio en la Rectoría y este escribiente que fungía de Vicerrector Académico tuvo que irse con su proyecto filosófico para otra parte.

Dos años después, a principio de 1991, salió de la rectoría el reemplazante del Dr. Camargo, y al sucesor tampoco le gustó la propuesta del Programa de Filosofía pero, como paños húmedos, nos encargó a la tarea de realizar otro proyecto para crear un Instituto de Filosofía que llevaría el nombre de “Julio Enrique Blanco”, ya recién fallecido, como tributo al filósofo fundador de la Universidad del Atlántico en el cincuentenario de la Institución. No obstante el Instituto sería el germen de la futura Facultad de Ciencias Humanas.

El 03 de junio de 1991, fecha del onomástico de nuestra Alma Mater, nació el Instituto y con él los “Conversatorios Filosóficos” (para que la filosofía se hiciera pública en la ciudad), siendo quien les escribe su primer director. Pero el Programa de Filosofía como tal tuvo que esperar hasta el II semestre de 1997 para, y sin permiso del Icfes, ponerlo a funcionar. Gracias a la audacia y más audacia, como diría Danton, y después de peleas sin par contra los molinos de viento del Instituto Superior para el Fomento de la Educación Superior, Icfes, con perdón o con permiso del ingenioso hidalgo Don Alonso Quijano, hoy contamos

con más de un centenar y medio de filósofos graduados de nuestro programa y otro centenar está estudiando o en trabajo de parto, esto es, trabajo de grado.

El Programa de Filosofía que finalmente reposa en el Icfes y que fue aprobado tiempo después de ser abierto por los pares académicos evaluadores, profesores de la Nacional de Colombia, con la misma justificación escrita en 1988, nos permitió haciendo uso de la “mayoría de edad” kantiana poner en funcionamiento en 1997 el Programa de Filosofía en la Universidad del Atlántico, es decir, empezamos a ofrecer el programa basados en el poder del saber, en el poder epistemológico, que es en lo que reside la verdadera autonomía universitaria; no en el poder deontológico de las autoridades del Estado en materia educativa que no fomentan sino que limitan, vigilan y castigan (como diría Foucault). Tan cierto esto que fuimos investigados durante largos años por la Procuraduría como si fuéramos malhechores o, valga la sinonimia, estar corrompiendo a la juventud, igual que Sócrates.

Pero fuimos libérrimos y así actuamos en consecuencia. Estamos y seguimos convencidos que la esencia de la Universidad desde el medioevo, hace mil años, es su poder epistemológico, no el del Estado. Pero estamos en el país del Sagrado Corazón. Por eso nos persiguieron. Un país real y formal, como diría el historiador Diego Mon-

taña Cuéllar. Es más, el nicaragüense Rubén Darío reafirmaría hoy que Colombia sigue siendo “un acto de fe”. No de razón, la cual como se sabe, es la esencia de la filosofía.

Empero, el Programa de Filosofía de la Universidad del Atlántico sigue adelante. Es lo único que he hecho por la filosofía y no espero ningún reconocimiento.

Hoy 20 años después de haberse iniciado los “Conversatorios Filosóficos, palabra esta que ya es de uso nacional pues hasta la pronuncian en el Palacio que ya no es de Nariño sino que casi se lo escrituran a Uribe Vélez, volvemos a hacernos otra vez la pregunta con que arrancó el proyecto del Programa de Filosofía en 1988 y que hoy, permítanme ser reiterativo, es una realidad - real irreversible: ¿Qué es, y para qué la Filosofía?

II. Qué es y para qué la filosofía, otra vez

Pues bien, desde que surgió la filosofía quienes se han ocupado de ella, siempre han sido una minoría selecta que ha inquietado a la sociedad. Es una especie de piedrecilla en el zapato que no impide caminar pero que no puede ser ignorada. Por eso se dice que Filosofía es una disciplina con la cual y sin la cual el mundo sigue tal cual. Sí, la filosofía no sirve para nada, pero sirve para todo. Es inútil porque ella en sí misma es solo preocupación. Que se ocupen otros.

Esa minoría ociosa, esa aristocracia del saber, solo dice lo que se debería hacer. La filosofía vislumbra, otea, atalaya. Y hasta la misma ciencia tiene que volver a ella cuando no encuentra solución a sus problemas particulares.

El origen de la filosofía como término se pierde en la historia. Tal parece que fue Heródoto el primero que se refiere a ella pues, en un pasaje, Cresos se dirige a Solón y le dice que ha tenido noticias de él por su amor al saber y por sus viajes a muchas tierras con el fin de conocer cosas. Tucídides, en su oración fúnebre de Pericles a los atenienses dice: “amamos la sabiduría”. El término “filósofo” aparece en Heráclito, para quien los hombres filósofos son los sabedores de muchas cosas.

No obstante, es usual considerar que Pitágoras fue el primero en llamarse a sí mismo Filósofo (amante de la sabiduría) para distinguirse de los *sophos* (Sabios, luego sophistas).

Pero la filosofía como concepción del mundo surgió cuando la razón empieza a penetrar al mito. Y esos primeros esfuerzos de la razón humana por explicar al mundo a partir del mundo mismo o a través de uno de sus elementos y no fuera de él, se sitúan en Occidente entre los naturalistas o kosmogónicos jonios, en Anatolia, y tal parece que Thales fue el primero en tener ese mérito especial.

Aunque se hable de la influencia

oriental entre los primeros pensadores griegos los sentidos que ha tenido el término filosofía, alcanzó solo su madurez en Grecia.

Pero volviendo a Sócrates, luego a Platón y Aristóteles, la filosofía nace por la admiración y la extrañeza y la búsqueda del por qué de las cosas para buscar las causas y los principios hasta llegar a una causa de causas incausada. Esto es, una causa que sea causa de todas las causas pero que a su vez esta causa no la hubiese causado nada...

Con el surgimiento del Cristianismo y su predominio en la Edad Media, la teología desplaza a la filosofía e incluso la degrada de Reina de las ciencias a sirvienta de la teología porque la razón únicamente debe servir para defender la fe... Pero en el Renacimiento volverá a ocupar su lugar.

Para Bacon, por ejemplo, la filosofía busca el conocimiento de las cosas por sus principios inmutables y no por sus fenómenos transitorios.

Para Descartes la filosofía es el saber que averigua los principios de todas las ciencias hasta las verdades últimas.

Locke, Berkeley y Hume intentan un ejercicio filosófico como reflexión crítica sobre la experiencia.

En cuanto a Kant, la filosofía es el conocimiento de la razón por principios.

En los filósofos del idealismo alemán es el sistema del saber absoluto desde Fichte que la concibe como construcción y deducción de la realidad a partir del yo, hasta Hegel, que la define como la consideración pensante de las cosas y que la identifica con el espíritu absoluto en el estado de su completo autodesarrollo.

Para Schopenhauer la filosofía busca el principio de razón como fundamento de todos los demás saberes.

Para el Positivismo la filosofía es un compendio general de los resultados de las ciencias.

Según Husserl, es una racionalización rigurosa que llega a la fenomenología como disciplina fundamental.

Whitehead dice que la filosofía es el intento de expresar la infinitud del universo en los términos limitados del lenguaje.

Wittgenstein supone que la filosofía no es un saber con contenido sino un razonar para despejar ecuaciones o proposiciones del lenguaje que es lo único que podemos conocer.

Para Quine, buena parte de los filósofos del pasado han sido, a la vez, "científicos en busca de una concepción organizada de la realidad". Para él, la filosofía se ocupa sencillamente de los aspectos más generales de un problema que comparte con las ciencias, como es el de la construcción

de una representación sistemática y coherente de la realidad misma tan sencilla, fácil y elegante como sea posible. Esto quiere decir que entre ciencia y filosofía lo que hay es continuidad y complemento especulativo de esta última hacia la primera.

En vista de tan variadas posiciones de los filósofos sobre la filosofía, Samuel Alexander llega a decir que la filosofía es simplemente “el estudio de aquellos temas que a nadie, excepto a un filósofo, se le ocurriría estudiar”. Y ello puede llevar a tantas concepciones de la filosofía como concepciones del mundo haya o se encuentren.

Esa es la diferencia que existe entre la filosofía y la ciencia. Mientras los científicos todos están de acuerdo en lo fundamental de sus paradigmas, hasta que estos se rompan, los filósofos nunca están de acuerdo entre sí y “a diferencia de los científicos, quienes abordan problemas que esperan resolver o, en todo caso, ver resultados por las generaciones siguientes, los filósofos dan a menudo la impresión de que les interesa menos descubrir una solución, si la hay, que asegurar la perennidad del problema”, esto es, para no perecer. Porque para el filósofo la última respuesta vuelve a ser la primera pregunta y así *ad infinitum*. Por eso en el común las gentes dicen que la filosofía es para locos.

Sí, es posible que todos los filósofos son locos, pero no todos los locos son filósofos “Locos”, en el buen sentido

de incomprendidos en las condiciones espacio-temporo-existenciales en que les toca vivir y exponer sus ideas. O, de pronto, porque muchos filósofos de tanto usar la razón, terminaron perdiendo la razón.

Las “locuras” atomistas de Demócrito, por ejemplo, solo fueron entendidas en el siglo XIX con el nacimiento de la Química como ciencia 24 siglos después.

Durante todo ese tantísimo tiempo anterior predominó la teoría de Empédocles de los cuatro elementos, asimilada y proyectada por Aristóteles. A Galileo lo acaba de perdonar la iglesia Católica. Perseguidos, obligados a abdicar, incinerados, etc., los filósofos no desaparecen, pero tampoco se multiplican. Siguen siendo minoría, pues la filosofía jamás será de masas. Los filósofos no tienen la más mínima posibilidad de persuadir a los profanos de la justeza de sus ideas.

Las filosofías están vivas porque pueden ser escritas de nuevo indefinidamente. La filosofía y sus problemas, que siempre han sido los mismos, fueron escritos en esencia por Platón, hace 25 siglos. Toda la historia de la filosofía posterior no es más que acotaciones a pie de página a la obra de Platón, nos dice Whitehead.

Wittgenstein, tanto en la época del *Tractatus*, como después, sostuvo que el fin de la filosofía solo podía ser el de terminar definitivamente con los problemas filosóficos ¿Existe

Dios? ¿Estamos dotados de una voluntad libre? ¿Pueden existir el alma o el espíritu independientemente del cuerpo? ¿Tienen los objetos externos una existencia independiente de nuestras percepciones?...etc. Sin embargo, estos problemas se mantienen intactos y cada filósofo escribe sobre ellos sin soluciones definitivas y satisfactorias.

Paul Valéry parece sugerir que si los problemas de la filosofía, tales como los planteados en el terreno metafísico o de la teoría del conocimiento, fueran fácil de resolver esto “los haría mucho menos atractivos”. Y admite incluso que las disputas como las de la filosofía son estériles, pero que tienen al menos un efecto benéfico: mantener la mente en actividad y en buenas condiciones.

De todas maneras la actitud filosófica

(o del filosofar), del constante *cogitar*, permite tener a la razón en un sobresalto intelectual permanente. Ya no se querrá jamás regresar al interior de la caverna de Platón, a la *paz* tranquila del hombre masa, ni tener un pensamiento plano, una mentalidad cuadriculada o ser un pantano tranquilo. Es un ejercicio del espíritu cada vez más riguroso sin el ánimo del pódium, la presea o la distinción. Simplemente no llegar imbéciles, tal y como nacimos, a la tumba. Sin la filosofía ¡qué triste se volvería la vida!

Lo cierto es que la filosofía, a pesar de todo lo que se ha dicho y escrito sobre su fin inminente o sobre la solución de sus problemas, ella misma se encarga de nunca jamás esclarecerlos por siempre y para siempre para poder seguir existiendo ella y los filósofos.

